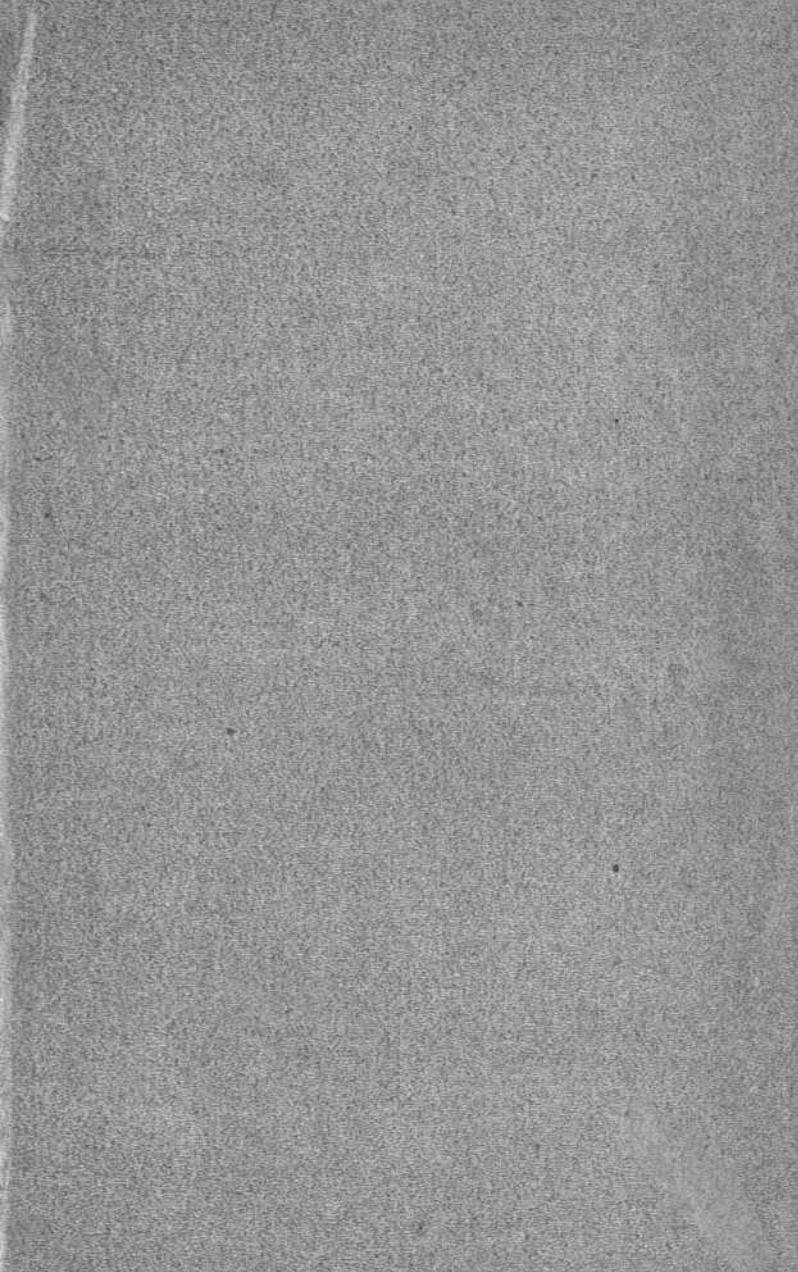
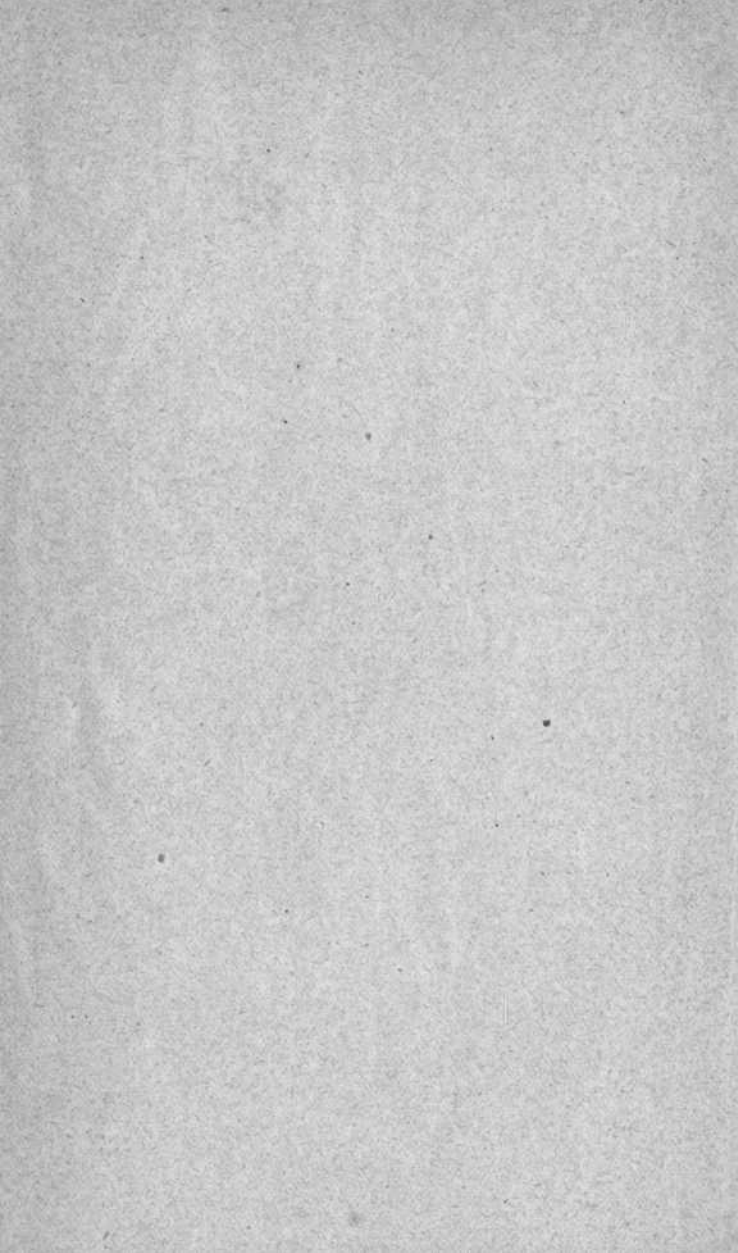


34.







LA PALOMA DEL CARMU



LA PALOMA DEL CARMELO



Juan B. Altés y Alabart, Pbro.

LA PALOMA DEL CARMELO

Ó LA

VOCACIÓN RELIGIOSA DE SANTA TERESA DE JESÚS

Drama para niñas en tres cuadros y en verso

Con aprobación de la Autoridad eclesiástica

Segunda edición

BARCELONA

IMPRENTA DE FRANCISCO J. ALTÉS

Calle de Pelayo, núm. 6 bis

1898

PERSONAJES

TERESA (14 años de edad.)
MARÍA (26 id.)
RODRIGO (1) (13 id.)
ISABEL (15 id.)
BEATRIZ (16 id.)
PAULA, *criada* (30 id.)
SOR MARÍA (30 id.)
ELENA (15 id.)
JUANA (*intima amiga de Teresa.*)
LEONOR (*sobrina.*)
VARIAS RELIGIOSAS.

La acción pasa en Ávila, en el siglo xvi. .

(1) Respecto del papel de Rodrigo, caso de que no se quisiera admitir niño alguno, creemos que bien pudiera ser desempeñado por una niña en traje si es ó no es ambiguo, como advertimos en «La Huida de Teresa.»

Es propiedad.



CUADRO PRIMERO

TERESA DE JESÚS EN CASA DE SUS PADRES

Sala grande amueblada con severidad y buen gusto. En el foro, puerta que conduce á la casa y á la calle. A la izquierda, puerta que comunica con el cuarto de Teresa. A la derecha otra puerta que da á la habitación de María.

ESCENA PRIMERA

MARÍA, PAULA

MARÍA	Ya lo tienes entendido.
PAULA	Está bien, señora.
MARÍA	Mira, no olvides mis advertencias; no quiero yo que se diga...
PAULA	¿Quién ha de decir, señora?
MARÍA	Ni aún la palabra más mínima en desdoro de esta casa que, por la gracia divina, siempre ha sido y quiero sea limpio espejo de hidalguía, de nobleza, de honradez...
PAULA	Señora, bien á la vista de todo el mundo está eso.

- ¿Quién puede?...
MARÍA ¿Quién?... La malicia
de las gentes es muy grande,
y no faltan, por desdicha,
quienes con ojo avizor
todo lo observan, lo atisban
todo y... Paula, Dios nos guarde
de las lenguas viperinas.
- PAULA Pues lo que es en esta casa...
Aún las gentes más malignas
pueden observarla, tanto
de noche como de día,
que nadie ha de ver en ella
cosa alguna que desdiga
de las personas más...
- MARÍA Cierto;
mas nunca será excesiva
la atención, ni...
- PAULA ¿Eso faltara,
estando doña María?
- MARÍA Ni quiero que falte nunca.
Mi hermana, que en pocos días
se ha transformado en mujer,
(¡Y qué preciosa y qué linda!)
- PAULA no se me oculta, despierta
MARÍA afectos y simpatías
en los jóvenes...
- PAULA Y en todos
cuantos tengan alma y vida.
¡Lo orgullosa que yo estoy
cuando la acompaño á misa!
¡Cómo la contemplan todos,
y se acercan, y la miran!
Bien puede bajar los ojos
y hacerme andar más aprisa
para evitar las miradas
que ella, á su pesar, cautiva.
Porque con esto, ¿usted sabe
qué logra mi amada niña?
Pues encender más las rosas
tempranas de sus mejillas,

dar á sus ojos parleros
más hechizo y picardía,
embellecer más su rostro
que aún los Angeles admiran,
y aumentar de todo el cuerpo
aquella gracia nativa,
aquel donaire que á todos
seduce, y tantas envidian.

MARÍA ¿Te callarás? ¿A qué vienen
semejantes boberías?

Lo que digo es que no olvides...

PAULA Quedará usted complacida.

MARÍA Que aunque nos falta la madre,
conservamos aún muy vivas
su memoria, sus virtudes
y su honestidad limpísima.

PAULA *(Aparte.)* ¡Qué pesadez! ¿Puedo irme?

MARÍA Vete. Mas... nada le digas.

(Escuchando y mirando por el foro.)

¿Quién viene ahora? ¡Ah! Es Rodrigo.

También merece le riña.

ESCENA II

RODRIGO, MARÍA

RODRIGO *(Entrando por la puerta del foro.)*

Ya ves cuán pronto me tienes
hoy á tu lado, María. *(Se sienta junto á ella.)*

MARÍA Te lo agradezco, á fé mía,
¿Mas cómo tan solo vienes?
¿No andabas acompañado
de tus primos?

RODRIGO Sí; mas viendo
que iba aprisa anocheciendo,
¿qué quiéres? los he dejado.

MARÍA ¿Sin invitarles?

RODRIGO Mañana

vendrán.

MARÍA *(Con enojo.)* ¡Como de costumbre!...

- RODRIGO ¿Es que te da pesadumbre
que nos visiten, hermana?
- MARÍA No extraño, Dios es testigo,
el que Gonzalo y Martín
nos visiten, porque... al fin,
son primos nuestros, Rodrigo.
Pero, vamos, no está bien,
y ha de verse con sorpresa,
que con tu hermana Teresa
siempre platicando estén.
Bien lo sé, en ella no falta
ni discreción, ni virtud;
pero tanta juventud...
tal hechizo... gracia tanta...
Y ellos, apuestos, galanes,
bizarros, aduladores,
hablando siempre de amores,
presa de tiernos afanes,
y... ¿No comprendes, hermano,
que esto no puede seguir?
¿Se lo habré, al fin, de decir?
Pues, María, será en vano.
- RODRIGO Pues, María, será en vano.
- MARÍA ¿Que será en vano?
- RODRIGO Es que ignoras
lo que ellos dicen.
- MARÍA A ver.
- RODRIGO Que no tienen más placer
que el hablarla á todas horas.
- MARÍA ¿Los dos?
- RODRIGO Los dos. Sobre todo,
don Gonzalo.
- MARÍA Lo pensé.
- RODRIGO Dice que no puede...
- MARÍA ¿Qué
no puede?
- RODRIGO De ningún modo
dejar de ver á Teresa
y de hablarle cada día;
que si no, se moriría.
- MARÍA (*Burlando.*) ¡Tan joven ir á la huesa!
- RODRIGO Y que no pasa un momento

- sin que...
MARÍA Sin que la recuerde.
RODRIGO Y además...
MARÍA (*Con burla.*) ¿Más hoja verde?
RODRIGO Que el no verla es su tormento.
MARÍA Por supuesto. (*Aparte.*) (Ya temí esta amorosa maraña.
Nunca el corazón engaña).
Y á ver que más dijo; dí.
RODRIGO Como no habla de otra cosa, imposible es recordar...
¡Ah! y añade que á pesar de todo...
MARÍA ¿Será su esposa?
RODRIGO Tan claro así, no lo dice; mas demasiado comprendo...
MARÍA Pues ya se irá convenciendo de otra cosa el infelice.
¿Y eso también á tu hermana le ha dicho el joven galán?
RODRIGO ¡Oh! no lo creo, no es tan...
MARÍA ¿Acaso Teresa es rana?
(*Aparte.*) (Esto saber me cumplía para obrar cual corresponde á mi deber).
RODRIGO ¿Pero dónde Teresa está? (*Llamando.*) ¿Hermana mía?
¿Teresa?
TERESA (*Apareciendo por el foro.*) Mi buen Rodrigo, ya vengo; calla por Dios.
MARÍA Quedáos aquí los dos.
TERESA ¿Sales? (*Con mimo cariñoso.*)
MARÍA Pronto estoy contigo.

ESCENA III

RODRIGO, TERESA

- RODRIGO Leyendo estabas, de fijo.
TERESA ¿Quién te ha contado...?

¿qué hacer? Con ellos me salgo.
Enfádanse si por suerte
falto una tarde á paseo,
dicen que no hallan recreo
si no voy.

TERESA Gustan de verte.

RODRIGO Sin duda; mas tú dirás
cómo es que tarde y mañana
hablan siempre de mi hermana...

TERESA Para burlarse quizás.

RODRIGO Tú dirás por qué no cesa
Gonzalo de pretender
todas tus cosas saber...

«¡Teresa!» y siempre «¡Teresa!»

Esta mañana aquí en casa
verte y hablarte logró.

¿Está contento? Pues no.

Todo el tiempo se le pasa
pensando en verte de nuevo.

¡Cuidado que frenesí!...

¿Y dirás que esto es por mí?

TERESA (*Aparte.*) ¡Dios mío!

RODRIGO Casi me atrevo
á asegurar que...

TERESA (*Con miedo.*) ¿Vendrán?

RODRIGO No creo que se detengan.

TERESA ¡Jesús mío! ¡Que no no vengan!

RODRIGO ¡Bah!

TERESA (*Por su padre y su hermana.*)

¿No sabes cómo están?

RODRIGO (*Dirigiendo sus miradas al foro en donde
se oye ruido.*) Pues mira, ya viene.

TERESA (*Con ademán de espanto.*) ¿Es él?

RODRIGO Sin duda. Mas vienen dos.

TERESA (*Apareciendo las dos jóvenes.*)

¡Ah! no son... ¡Gracias á Dios!

RODRIGO ¡Hola, Beatriz!

TERESA ¡Isabel!

ESCENA IV

Dichos, BEATRIZ, ISABEL

- ISABEL ¿Los dos solitos?.. ¡Hermosa! (*abrazando á*
Y, es claro, siempre contigo *Teresa.*)
este pícaro Rodrigo.
- BEATRIZ Lo extraño fuera otra cosa (*Abraza á Te-*
 resa.)
- TERESA Somos los dos más pequeños,
y...
- ISABEL Las mismas aficiones
tienen vuestros corazones,
- BEATRIZ Hasta los mismos ensueños.
- RODRIGO Y eso es cierto, vive Dios.
¡Lo que entonces nos reímos!
(*A Teresa.*) ¿No te acuerdas que tuvimos
igual ensueño los dos?
- TERESA Es verdad.
- BEATRIZ Quizá aquel día
el libro vuestro trazabais,
y es claro, luego soñabais
lo que la pluma escribía.
- RODRIGO Bien pudo ser.
- ISABEL Y decid:
¿Acabóse el libro aquél?
- TERESA Falta ya poco, Isabel.
- RODRIGO Muy poco.
- ISABEL Pues concluid.
- TERESA Eso está muy pronto dicho;
pero el hacerlo... ¡Friolera!
Yo no sé de qué manera
terminar nuestro... capricho.
- BEATRIZ Por supuesto, deberán
ser aventuras de amor.
- RODRIGO ¡Oh, y qué hermosa es doña Flor!
¡Qué bizarro don Florián!
¡Aquello sí que es guardarse
amor limpio y sin mancilla!

¡Allí es de ver cómo brilla
el honor sin empañarse!

¡Allí es oír las razones
más discretas y pulidas,
con que dos almas unidas
se muestran sus aficiones!

¡Allí es ver la honestidad
sin tacha de doña Flor,
allí el combatido amor
de un doncel de calidad!

ISABEL

Pero, por fin, ¿qué sucede?

¿Se casan los dos, ó no?

RODRIGO

Que se casen, digo yo.

BEATRIZ

Es natural. ¿Cómo puede
terminar la historia esa,
sino haciendo venturosa
á pareja tan hermosa?

ISABEL

Cásalos pronto, Teresa.

TERESA

Es que la doncella amante,
que es dechado de amor fiel,
si es cierto que ama al doncel,
pero...

ISABEL

¿Qué falta? Adelante.

Ama; es amada... ¿Qué más
quiere la ingrata chiquilla?

BEATRIZ

Debe ser una loquilla.

ISABEL

Y una orgullosa, además.

TERESA

Ni es loca, ni tiene orgullo
mi doña Flor, me parece.

ISABEL

¿Pues por qué, dí, no se mece
del amor al blando arrullo?

TERESA

Sí, con sobrada caricia
halaga ese amor su pecho;
mas...no queda satisfecho...

ISABEL

¿Aún quiere mayor delicia?

¡Golosa es la niña, á fé!

TERESA

Sueña en amor soberano.

ISABEL

¿Amor de Rey? Sueño vano.

TERESA

Amor que sólo entrevé.

BEATRIZ

No me gusta á mi una Flor
que emprende tan alto vuelo.

- ISABEL Debe esperar que del cielo
baje el soñado amador.
- BEATRIZ Claro está, conténtese
con su don Florián rendido.
¡Que él se halle tan encendido
y que ella tan fría esté!
Por Dios, Teresa, deshace
la trama de esos amores,
tejiendo un nido de flores
á los dos...
- TERESA ¡Qué desenlace
tan ordinario y rastroso
para una dama como esa!
- ISABEL (*Sonriendo intencionadamente.*)
¿Como quién? ¿Como Teresa?
- BEATRIZ (*Con igual sonrisa é intención.*)
Su retrato verdadero.
- TERESA ¡Qué graciosas! Os burlais
de mi franca sencillez.
Pues aguardad, que otra vez...
¡Qué testimonios me alzais!
Mi hermano os podrá decir
que no son sino ficciones.
- ISABEL Sí, pero en ellas tú pones
tu alma y tu propio sentir.
- BEATRIZ Venga el libro, y ya vereis
como...
- TERESA Marcha, Rodrigo,
á buscarlo.
- BEATRIZ Voy contigo.
- TERESA Id los dos, y no tardeis.

ESCENA V

ISABEL, TERESA

- ISABEL Solas quedamos, y puedo
hablarte con más franqueza,
mi querida doña Flor.
- TERESA ¿Doña Flor?

ISABEL (Rectificando.) Digo, Teresa.
Ayer vino don Gonzalo
á verme.

TERESA La enhorabuena.

ISABEL Y me dijo que conoce
que sus visitas molestan...

TERESA ¿A quién?

ISABEL Pues á tu familia.

TERESA Ignoraba tales nuevas.

ISABEL Dice que él lo ha adivinado
por el silencio y reserva
de tu padre y de María.

TERESA ¡Adivinación es esa!

¿No conoce de mi padre
aun la gravedad discreta?

¿Se figura que es mi hermana,
como yo, niña traviesa?

¡Si yo imitarla supiese!

¿Mas puede el olmo dar peras?

Y por lo tanto...

ISABEL

TERESA

ISABEL

¿Qué quiere?

Si te parece, quisiera,
ya que ir no puede á tu casa...

TERESA

¿Quién le ha cerrado la puerta?

ISABEL

Verte y hablarte...

TERESA

Isabel,
si eso quiere, á casa venga.

Ya sabe que tienen todos
mis primos la casa abierta.

ISABEL

¡Primo! es verdad; mas no ignoras
cómo siente y cómo piensa
el infeliz don Gonzalo,
á quien tú...

TERESA

¡La hicimos buena!

ISABEL

A quien tú no correspondes
con el amor que él desea.

TERESA

¿Aun quiere mayor afecto?

ISABEL

Quien ama con tantas veras,
quien siente herido su pecho
de ardiente amor con la flecha...

TERESA

Va y... se la saca en seguida,

no sea caso que muera.

ISABEL Aqueste donaire tuyo
es lo que más le atormenta.

TERESA Pues ¿qué desea mi primo?
(Poniendo con afectación el rostro serio.)
¿Que me ponga así... muy seria?

ISABEL Pero en pláticas de amores
con quien sabes que no anhela
sino...

TERESA ¿Entonces, dime, es cuando
no he de mostrarme risueña?

ISABEL Es que tus francas sonrisas,
tu buen humor, tu perpétua
jovialidad son indicio
(según don Gonzalo cuenta)
de que el amor tú no sientes...

TERESA ¡Pues me gusta á mí la treta!
(Aparte.) ¡Ay! Demasiado lo siento).

ISABEL Te aseguro que me apena
su situación.

TERESA (Con interés.) ¿Está enfermo?

ISABEL No descansa ni sosiega
un momento, ansiando siempre
saber de tí, á donde quiera
que tú vas yendo en seguida,
por mirarte, aunque no sea
sino un instante... Te digo
que nunca ví tal vehemencia
de amor.

TERESA (Aparte.) ¡Dios mio! Es un juego
y nada más lo que cuentas.

ISABEL ¿Un juego, no suspirar
sino por ver tu belleza,
andar de aquí para allá
inquieta como alma en pena,
melancólico y sombrío
si no vió á su amada prenda?

TERESA (Aparte.) ¡Pobre Gonzalo!

ISABEL ¡Qué amor

tan ardiente te profesas!

TERESA ¿Y te fías tú, amiguita,

- de lo que ellos dicen?
- ISABEL ¡Buena
soy para no conocer
á los amantes! No temas,
que si no lo conociese
á fondo, nada dijera
en su favor. Pero juro...
que haríais linda pareja.
- TERESA ¿Quieres callarte, Isabel?
- ISABEL Gallarda y gentil presencia,
bello semblante, miradas
enamoradas y tiernas,
nombre ilustre, tan ilustre
como el de Ahumada y Cepeda,
esmerada educación,
innumerables haciendas,
cualidades y virtudes
que toda Avila celebra,
y sobre todo, un amor
dispuesto á todo, Teresa...
¿Esto te parece poco?
¿Yo qué digo?
- TERESA Pues alienta
sus esperanzas, y dile
la palabra que él espera.
Decídetes.
- TERESA Calla... Alguno...
ISABEL Es Paula (*que aparece por el foro*).
PAULA (*Entrando*). ¿Lo oyes, Teresa?
Llama Rodrigo hace rato,
y tú ¡ca! sigues tan fresca.
- TERESA Esperándoles. ¿Qué pasa,
que no salen?
- PAULA Cosas buenas.
Entra, y lo sabrás.
- TERESA (*Alzándose y entrando por la puerta de su
habitación*). A ver
qué quieren...

ESCENA VI

ISABEL, PAULA.

- ISABEL Escucha, Paula.
PAULA Habla, Isabel, ¿qué deseas?
ISABEL ¿Viste á Gonzalo en la calle?
PAULA No le ví; pero dijera
que oí su voz.
- ISABEL ¿Dónde estaba?
PAULA Ahí bajo, cabe la puerta
del jardín.
- ISABEL Dime ¿y cantaban?
PAULA Solo oí puntear las cuerdas.
ISABEL Me lo temí. ¡Si está loco,
loco de amor! ¡Qué impaciencia!
Porque un día no ha venido,
como de costumbre, á verla,
ya alborota al vecindario.
(*Suena á lo lejos una música.*)
- PAULA ¿Oyes?... La música suena;
¡qué gusto dá! Pasaría
yo toda la noche oyéndola.
- ISABEL ¿Y si en este instante vienen?
(*Por D.^a María y su padre.*)
- PAULA Pues fácil será que vengan.
Doña María á estas horas
siempre está en casa, y tras ella
suele su padre acudir.
- ISABEL ¡Este Gonzalo! ¡Qué idea
tan infeliz! Desbarata
nuestro plan, con su imprudencia.
¿Qué necesidad tenía
de serenatas y orquestas?
- PAULA Es que don Gonzalo sabe
lo mucho que gusta de ellas
la niña.
- ISABEL Mas también sabe
que es mala ocasión aquesta

para tales desahogos.
Pensar que sin darme tregua
tres meses há que no cuido
sino de llevar la empresa
á buen término, luchando
con mil y mil resistencias,
que opone un alma tan cándida
como el alma de Teresa.

PAULA Y sin embargo, en su pecho
hicimos muy poca brecha.

ISABEL Poca, es verdad; mas repara
cómo ya se manifiesta
más blanda, más accesible
á las galantes finezas
de Gonzalo; mira cómo
á su beldad más atenta,
cuida mejor de sus manos,
más limpias que una patena,
reparte en sedosos bucles
de sus cabellos las hebras,
y su rostro, embellecido
con las emociones tiernas
del amor, harto declara
que á alguno agradar desea.
Tienes razón; pero...

PAULA
ISABEL

Advierte
cómo hace tiempo se esmera
en vestirse con más gusto,
con más donaire y riqueza.
Mira cómo las sortijas
y pendientes no desdeña,
y sus hermosos cabellos
baña en ungüentos y esencias.

PAULA

Todo es verdad, y confieso
que tal mudanza me alegra.
¡Lo que gozo yo al mirarla
tan donosa y hechicera!
¿Pero qué promesas, dime,
á D. Gonzalo tiene hechas?
¿Qué favores, qué confianzas,
por inocentes que sean,

á su enamorado primo
hizo de su amor en prenda?
El pobre, bien lo sé yo,
no sin razón se lamenta,
y de insensible y de esquivia
á veces la trata, mientras
ella se rie y se burla
de sus amorosas quejas.
¿Te parece á tí?...

ISABEL

Imposible
que cualquier otra doncella
no hubiese al fin sucumbido.

PAULA

¿Y no tenemos vergüenza?
¡Tanto que hemos trabajado
por lograr... y ni por esas!
Es mi niña escrupulosa.

ISABEL

Quizá obstinada y soberbia.
Nadie á la mansa ovejita
le saca de la cabeza
los puntos de honra que tiene.
No hay que tocarle esa tecla.
Con el decoro, y buen nombre,
y la dignidad á cuestras,
nuestros mejores proyectos
ha echado siempre por tierra.

PAULA

Es claro, teniendo un padre
de rectitud tan severa,
una hermana que no acude
nunca á torneos ni fiestas,
de carácter inflexible,
poco expansiva, aunque buena,
di, ¿qué puede hacer la niña
que se formó en tal escuela?
Válgale yo, que suavizo
tanto rigor y aspereza.
Lo que es por mí, bien podría...

ISABEL

Peró no quiere ¡tontuelal!
Sin embargo, no he perdido
la esperanza de vencerla.

PAULA

Ni yo tampoco. (*Transición*) ¿Quién sale?

ISABEL

Será Beatriz.

PAULA

No, que es ella.

de su amada, dó florece
un rosal que el aura mece,
suspira lánguida queja.
Entonces ¡extraña cosa,
que de asombro nos llenó!
en la calle resonó
una música armoniosa.
Y una voz con tal afán
vibraba y con tal dulzura,
que...

ISABEL Dejasteis la lectura.

TERESA Ya se ve.

ISABEL Por don Florián

verdadero y no fingido,
como el don Florián aquél.

TERESA ¡Qué empeño el tuyo, Isabel!

ISABEL ¡Y tú qué poco sentido!

TERESA No sé, Isabel, qué mal hice.

ISABEL No agradecer tanto amor.

TERESA ¡Ay, Isabel! Por favor
compadece á una infelice.

ISABEL (*Aparte*) ¡Hola! Infeliz ya se llama
y desea compasión.

No hay duda, su corazón
va á amar pronto, si ya no ama.)

¿Tú infeliz? No sé por qué
á tí misma engañar quieres.

¿Acaso adorada no eres
cual nunca nadie lo fué?

¿Acaso?

TERESA Por eso mismo
soy infeliz.

ISABEL ¿Entre amores?

¡También por senda de flores
llegar pudiera... á un abismo!

ISABEL Si acaso, niña hechicera,
al abismo delicioso

de los brazos de un esposo
que con delirio te espera.

TERESA ¡Quita allá! ¡Qué pensamiento
tienes tan original!

- ISABEL ¿Hay cosa más natural
que amor traiga el casamiento?
- TERESA Tal no pienso.
- ISABEL Si tú no,
otro lo piensa por tí.
- TERESA ¡Qué desatino! Por mí,
sólo puedo pensar yo
y nadie más.
- ISABEL Inocente
palomilla, no conoces
del amor los suaves goces.
- TERESA Ni quiero estar al corriente
de ellos.
- ISABEL Ya verás cuán presto
tu amante primo Gonzalo...
- TERESA Calla por Dios, que está malo,
malísimo todo aquesto.
- ISABEL La tempestad va á pasar
muy pronto, porque María
ya se casa cualquier día,
y sola vas á quedar.
Libre entonces de su enojo
serás dueña de tu casa,
tendrás libertad sin tasa
y obrar podrás á tu antojo.
- TERESA Isabel, ¿estás en tí?
Dime, ¿qué locura es esa?
(*Con dignidad*) Aunque pudiera, Teresa
nunca se portara así.
Olvidas ya que mi padre...
- ISABEL En tí su confianza ha puesto.
- TERESA Te engañas también en esto:
vigila aun más que una madre.
- ISABEL Siempre es hombre, y no hay temor...
- TERESA De que nadie se la pegue;
no hay cariño que le ciegue
en cuanto mira al honor.
Hoy, hoy mismo...
(*Mirando en dirección á su cuarto*)
¿Pero quién...?

ESCENA VIII

Dichos, RODRIGO

- RODRIGO ¿Teresa? ¡Ay de mí! ¿Hermanita?
TERESA ¿Qué pasa? ¡Virgen bendita!
ISABEL ¿Qué será?
TERESA Cuéntalo, vén.
RODRIGO No puedo... A mi padre ví. (*Acercándose*)
TERESA ¿Dónde?
RODRIGO En la calle está hablando
y grande enojo mostrando.
TERESA ¿Habla con Gonzalo?
RODRIGO Sí.
TERESA ¿Y qué le dice?
RODRIGO Estará
reprendiéndole.
TERESA Temía
que esto nos sucedería.
ISABEL Calla, que nada será.
TERESA ¿Te vió, hermano?
RODRIGO Oyó mi voz.
Con Gonzalo hablando estaba,
el cual su pecho desahogaba
conmigo, cuando...
TERESA ¡Es atroz!
¿Y entendió vuestras razones
mi padre?
RODRIGO Seguramente.
TERESA ¿Pues qué dirá ¡Dios clemente!
de tan indignas pasiones?
ISABEL De tan puro y noble amor
tu padre ¿qué ha de decir?
Con el alma bendecir,
por tanta dicha, al Señor.
María va á dar su mano
á un cumplido caballero;
cuando á tí un rico heredero,
tan noble como cristiano,

consagra su afecto leal
y ser tu esposo desea.
¿Hay algo aquí que no sea
grato al pecho paternal?
TERESA ¡Cuán ciega estás! Es que ignoras...
ISABEL ¿Qué importa? Estamos aquí
para ayudarte.
PAULA (*Entra por el foro.*) Y á mí
me tendréis á todas horas.
Tu padre te está llamando.
Vé, y no temas, ángel mío.
(*Sale Teresa por el foro.*)

ESCENA IX

RODRIGO, ISABEL, PAULA

ISABEL ¡Válgame Dios, y qué lío!
PAULA Ya se irá desenredando. (*Transición.*)
RODRIGO ¡Pobre Teresa!
ISABEL ¿Por qué?
RODRIGO Porque muy cara le cuesta
la estimación de su primo.
PAULA Si ella fuese más resuelta...
ISABEL Pronto va á quedarse sola
en casa, y después...
RODRIGO Muy dueña
será de hacer lo que guste.
PAULA ¡Um! me temo...
ISABEL Nada temas.
¿No estamos aquí los tres
apercibidos de veras
á revolver todo el mundo
en obsequio de Teresa?
RODRIGO Y Beatriz...
ISABEL Tienes razón:
contamos también con ella,
y veremos quién resulta
vencedor en tal empresa.
RODRIGO Nosotros. ¿Pues quien lo duda?

- PAULA Haga el Señor que así sea.
Pero..., la verdad, sospecho...
- ISABEL Acaba, dí, ¿qué sospechas?
- PAULA Sospecho yo que su padre
ha resuelto... Yo quisiera
engañarme; pero...
- ISABEL Acaba,
y dí pronto lo que sepas.
- PAULA Así que case á María
sacar de casa...
- ISABEL ¿A Teresa?
¡Qué desatino! ¿Y tú sabes
en dónde quieren ponerla?
- PAULA De educanda en un convento.
- ISABEL ¿Y el padre solo se queda?
- RODRIGO No creo yo que mi padre
de mi hermana se desprenda.
¿Te parece, Paula. si
podría vivir sin ella?
- PAULA Si lo ha resuelto, no dudes
que lo cumplirá á la letra;
sobre todo si, cual creo,
lo hace caso de conciencia.
- ISABEL Mucho lo dudo. Si alguno
(*dirigiéndose á Rodrigo*)
á vuestro padre consuela
y templa sus amarguras
y su ancianidad alegre,
no es María ciertamente,
ni eres tú, aunque mucho os quiera,
sino...
- RODRIGO Es verdad. Mi hermanita
siempre fué la predilecta
de mi padre.
- PAULA Pues por eso
que la ama tanto, la cela
en extremo, y... ya vereis
cómo en un claustro la encierra.
- ISABEL Y aunque así fuese, ¿qué importa?
- RODRIGO ¡Ay de mí, si tal hiciera!
- ISABEL Todo es en vano, Rodrigo,

cuando se quiere de veras.
El amor sabe romper
las cerraduras y puertas;
para el amor no se hicieron
celosías ni cadenas.

PAULA Pero es la niña tan dulce,
es tan mirada, tan buena,
que me temo que á su padre
en nada oponerse quiera.

ISABEL Ama á D. Gonzalo, y quién
ama, cual sabe Teresa,
¿quieres que deje, cobarde,
del amor las glorias ciertas?
Ya lo veremos.

PAULA Y pronto.

RODRIGO Callad, callad. Pues dijera...

ISABEL Vienen sí.—Me voy, que es tarde.

PAULA Y

RODRIGO Pues adios.

ISABEL (*Al irse*) Estad alerta.

ESCENA X

RODRIGO, PAULA, TERESA, *que aparece por la puerta
del foro*

PAULA ¡Gracias á Dios, niña mía!
Cuéntanos lo que ha pasado.

RODRIGO Díme, ¿está muy enojado?

TERESA Sí, mucho.

PAULA ¿Y qué te decía?

TERESA Callad; dejadme sentar.

(*Siéntase, haciendo lo mismo Rodrigo y
Paula.*)

PAULA (*Contemplándola con interés.*)

Descansa, tienes razón.

¡Ay Dios mío, y qué amarillas
están tus frescas mejillas!

¡Hija de mi corazón!

RODRIGO ¿Qué pasa? ¿Te sientes mal?

- TERESA ¡Sentirme mal! No, Rodrigo;
antes mil veces bendigo
aquesta escena fatal.
- PAULA ¿La bendices?... ¡cosa extraña!
- TERESA La bendigo agradecida,
cual se bendice la vida.
- PAULA Tu mismo dolor te engaña.
La tempestad pasará.
- TERESA Esto, Paula, me consuela.
Sabe Dios cuánto lo anhela
mi pecho.
- PAULA No tardará.
- RODRIGO Y vendrán días mejores
después de tantos afanes.
- PAULA Ni te faltarán galanes,
juegos, músicas y amores.
- TERESA ¿Amores?... Sí, los desea
este corazón ardiente...
(*Con mucha intención.*)
¿Donde está de amor la fuente
en que saciado se vea?
- PAULA ¿Dónde está? Paciencia tén.
No entiendo yo de esas cosas;
eso las niñas hermosas
como tú, lo saben bien.
En un alma enamorada
y tierna tú lo hallarás...
Acaso muy cerca estás
de encontrarlo.
- TERESA (*Con ingenuidad.*) No sé nada.
- PAULA Don Gonzalo...
- TERESA Me profesa,
ya lo sé, un amor profundo.
¿Pero qué?
- PAULA ¿Y hay en el mundo
mayor ventura, Teresa,
que ser amada y amar?
¿Correspondes á tu primo?
- TERESA Sabes ya cuánto le estimo;
pero... no lo sé explicar.
Le amo, sí, ¿quién ya lo ignora?

Mi pobre padre imagina
que ese amor me desatina
y me distrae en mal hora.
Harto me dió á comprender,
aunque con breves razones,
que en tales suposiciones
fundado...

PAULA ¿Qué quiere hacer?

TERESA No sé; dijo que María
va á dejarnos prontamente,
y que el previsto incidente
mucho por mí lo sentía.

PAULA ¿Por tí?

TERESA Sí, y luego añadió
que entonces mejor me fuera
que en un claustro me metiera.

PAULA ¿Para monja?

TERESA No, eso no;
sino para completar
mi educación y enseñanza.

PAULA Pues, niña, no se me alcanza
qué te pueden ya enseñar.
Todo eso... ya lo veremos.
¿Verdad, Rodrigo?

RODRIGO ¡Ay, de mí!

PAULA ¿Qué vamos á hacer sin tí?
¡Oh! Todos nos opondremos.
Y si, al fin, allá te vas,
no por eso... yo lo juro:
ya puede estar bien seguro
Don Gonzalo...

TERESA *(Reprendiéndola)* ¿Callarás?

PAULA Ese amor, dime, ¿no llena
y satisface tu alma?

TERESA No, pues me roba la calma
del corazón, que es tan buena.
Cuanto más por ese amor
sin tino llevar me dejo,
conozco que más me alejo
de una paz toda interior.
Confieso que me divierte

ese infeliz amor mío;
pero ¡Jesús, qué vacío
el alma á solas advierte!

PAULA

Deja pueriles temores
de inocente sencillez.
Es dichosa la embriaguez
causada por los amores.

RODRIGO

¡Beatriz!

TERESA

¡María!

(Aparecen las dos por la puerta de la habitación de María.)

PAULA

(Aparte.) ¡Valor!
que á tu lado estamos, niña;
si te riñe, que te riña.)

RODRIGO

¿Vamos? *(á Paula.)*

PAULA

Será mejor.

(Se van por la puerta del foro.)

ESCENA XI

TERESA, MARÍA, BEATRIZ

TERESA

Creí te habías marchado *(á Beatriz.)*

BEATRIZ

Como prisa no llevaba,
aquel tu libro hojeaba.

TERESA

¿Te gusta?

BEATRIZ

(Con sentimiento.) ¡No está acabado!

MARÍA

Se fueron ¿eh? ¿Es que se asustan?

Esa Paula... Ese Rodrigo...

¡Qué cabezas tan... Conmigo
de meter baza no gustan

BEATRIZ

Son más alegres, y... vamos,
tu seriedad les impone.

MARÍA

Lo que hay es *(Dios me perdone)*
que obran mal, muy mal, ¿estamos?

BEATRIZ


(Burlándose.) ¿De veras?

MARÍA

(Muy seria.) Y tan de veras,
que dentro poco veremos
donde llevan los extremos
de cabezas tan ligeras.

- BEATRIZ Todos no pueden tener
la seriedad de María.
- TERESA Pues yo la envidio, á fe mía.
- BEATRIZ ¿Quieres callarte, mujer?
¡Si supieras el hechizo
de tus sonrisas de miel!
Darías gracias á Aquel
que tan alegre te hizo.
- MARÍA ¿También tú? (*Reprendiéndola.*)
- TERESA (*A María, por Beatriz.*) No le hagas caso.
Está de burlas Beatriz.
- MARÍA Y á tí te hacen infeliz
con su entendimiento escaso.
- TERESA No temas, María.
- MARÍA No,
no temo sino por tí.
¿Quién nunca te quiso, dí,
como te he querido yo?
Es verdad.
- TERESA Por eso al ver
cómo se acerca el momento
de separarnos, me siento,
Teresa, desfallecer.
- TERESA ¡Hermana mía! No digas
eso, que me haces llorar...
- MARÍA Mucho te podrán amar
tus parientes, tus amigas,
tus primos; pero tu hermana...
- TERESA Calla ya... ¡Jesús, qué día
tan malo es éste, María!
- MARÍA Más malo será mañana.
- TERESA ¿Porque te casas?
- MARÍA No es esa
la razón. Porque yo al ir...
(*Enojada.*) Ya se lo puedes decir.
- BEATRIZ Van á encerrarte, Teresa.
- MARÍA Ya lo sé. Perfectamente
me vendrá tan buen retiro.
Hace días que... suspiro
por algo... que el alma siente.
Allí podré...

- BEATRIZ (*Aparte.*) ¡Pobrecilla!
Allí le podrás amar,
y ver, si quieres, y hablar...)
- MARÍA Instruirte á maravilla.
Doncellas hay principales
que allí se están educando.
¡Cómo te están esperando!
- BEATRIZ (*Aparte.*) (Claro; con ansias mortales.)
- TERESA ¿Me aguardan? ¿Lo saben ya?
- MARÍA Sí, todo está prevenido.
¡Qué! ¿Nuestro padre querido
podría dejarte acá,
sola, en medio de ocasiones,
de lazos y de arterías?
Sola, dí, ¿cómo podrías
vencer tantas tentaciones?
Teresa, el mundo es muy malo.
- TERESA Es verdad. A ver si allí
hallo la paz ¡ay de mí!
- BEATRIZ (*Aparte.*) (La hallarás en don Gonzalo.)
- MARÍA Te envidio, niña inocente.
- BEATRIZ (*Aparte.*) (¿Pues por qué te casas?)
- MARÍA Pero
lloro cuando considero
que voy á estar de tí ausente.
- TERESA Vendreis á verme, ¿verdad?
y os diré cuanto me pasa.
- MARÍA En aquella santa Casa
vas á hallar felicidad.
- BEATRIZ Vendremos, sí, tus dolores
á calmar, niña hechicera,
y á ver trocada en hoguera
la llama de tus amores.



CUADRO SEGUNDO

TERESA DE JESÚS EN EL COLEGIO

Sala de labor, en el convento de Nuestra Señora de Gracia. Cuadros piadosos colgados en las paredes. Muebles sencillos y severos. Puertas, una en el foro y otra en la derecha. Teresa, en traje de educanda, está bordando inclinada sobre un bastidor.

ESCENA PRIMERA

TERESA, sola, dando el último punto y soltando la aguja.

¡Gracias á Dios... Descansemos.

No creí que acabaría
esta pieza en todo el día...

¡Cuándo nosotras queremos!

(Contemplando la labor detenidamente.)

Y, vaya... quedó tal cual;

salió bien esta azucena...

A ver si esta vez Elena
me dice que «tarde y mal.»

Va á asombrarse cuando fije

su vista en el bastidor,

y acabada la labor

vea, como le predije.

Sor María va á quedar

satisfecha, estoy segura:
¡con qué sonrisa tan pura
me lo sabrá demostrar!
Es verdad que he procurado
ni un solo instante perder;
sólo Dios puede saber
todos los puntos que he dado.
Trabajar sin inquietud
ni torcedor en la mente,
es una dicha inocente,
es practicar la virtud.
No, las piezas anteriores
no las terminé tan presto;
sueño cobarde y funesto
me envolvía en sus horrores.
Presa de temores vanos
y de inútiles zozobras,
parecía que mis obras
se durmiesen en mis manos.
Faltábame la profunda
paz del alma... que ya encuentro;
dichosa paz, que del centro
del alma al cuerpo redunda.
¡Qué ardiente solicitud
por contentarme mostraban!
A una todos conspiraban
contra mi débil virtud.
¡Qué mucho que á Satanás
me llevase el mundo ciego!
¿No estaba yo (lo ví luego)
más ciega que los demás?
Dios le perdone á Beatríz
sus cariñosos antojos,
al meterme por los ojos
medios de hacerme infelíz.
Lo mismo que eta Isabel...
¡Qué empeño el suyo! ¡Dios mío!
¡aumentar mi desvarío
hablándome siempre de él!
Cartas, obsequios... de fuera
recibiendo á cada instante,

iba mi mal adelante,
sin advertirlo siquiera.
Pero Dios, de mi desgracia
ha tenido compasión,
y ha alumbrado mi razón
con las luces de su gracia.
El ha puesto cabe mí
de virtud claros espejos;
y á sus celestes reflejos,
¿quién, mi Dios, no te ama á tí?
Humildes y silenciosas,
siempre con Dios platicando,
¡cuánto me van enseñando
estas santas Religiosas!
¡Sor María! ¿Dó hallaría
ángel de tanta bondad?
Robó ya mi voluntad
la angelical sor María.
¡Cuán suave, dulce, serena
y blanda es su condición!
Ella es todo corazón,
como me decía Elena.
¡Otra que tal! Nunca ví
amiga tan cariñosa.
Aún no bajó. ¡Extraña cosa
que Elena ya no esté aquí!
¡Ah! Ya decía...

ESCENA II

TERESA, ELENA

ELENA

Está claro,
¿dónde puede estar Teresa
sinó trabajando siempre
con el bastidor á cuestras?

TERESA

Pues siento decirte que
te engañas, querida Elena.
Ya ves... Mano sobre mano
me estaba, cual si no hubiera

nada que hacer.

ELENA

Mirar quiero

los grados de tu pereza.

(*Acércase al bastidor y examina el bordado*).

¡Hola! ¡hola! No sabía
que tanta gracia tuvieras.

¿Con que, mano sobre mano,
has acabado la pieza?

TERESA

Nada hacía cuando entraste.

ELENA

¿Para qué si estaba hecha?

¡Bendito Dios, que te ha dado
esas manos de princesa!

¡Jesús, qué lindas salieron
las flores de esta cenefa!

¡Cómo brillan las corolas
entre las hojas pequeñas!

¡Qué buen gusto se ve en todo,
qué primor, cuánta limpieza!

Díme, serafín del cielo,
quién esas cosas te enseña;
porque, vamos, Sor María,
por habilidad que tenga...

TERESA

¡Jesús mío, que muchacha
tan exagerada es ésta!

Cualquier cosa siendo mía
le parece...

ELENA

(*Con intención.*) Y es muy buena.

Aunque te enfades, señora,
la verdad dirá mi lengua.

TERESA

Pero tu mismo cariño
te engaña.

ELENA

(*Bromeando*) ¿Sí? ¿Va de veras?

No, no perdono al cariño
malicia tan manifiesta.

TERESA

Estás donosa en extremo.

¡Pero qué holganza es la nuestra!

ELENA

Descansa, niña, descansa,
que no eres ninguna negra.

Cuando venga Sor María
verás cómo boba y ciega
se va á quedar.

TERESA

Es que tengo
aún de bordar otra pieza
más costosa y más difícil
que las demás.

ELENA

¿Otra nueva?
Está el *amito*, la *estola*,
los *corporales* la *hijuela*;
está el *lababo*... ¿qué más?
¡Ah! el *alba*, que es cosa buena,
varios *purificadores*...
¿Qué falta ya?

TERESA

Pues te dejas...

ELENA

¿Qué me dejo?

TERESA

La casulla.

ELENA

¡Válgame Santa Quiteria!
Imagino que á este paso
hasta bordarás la iglesia.

TERESA

No sabes con cuánto extremo
estas labores me alegran.
Aunque el obsequio es *mezquino*,
la voluntad no es pequeña;
y Dios misericordioso,
que nada sin premio deja,
recompensará algún día
de mis manos las ofrendas.

ELENA

(*Sonriéndose.*) ¡Codiciosa!

TERESA

(*Resueltamente*) Sin medida.

¿De qué sirve la miseria?
Aunque si franca he de serte,
sabe que sin otra espera
me cobro ya mis jornales
y con muy buena moneda.
No comprendo.

ELENA

¿No comprendes?

TERESA

Pues la paz dulce y serena
que mi corazón inunda
hace algún tiempo; las tiernas
ansias de amar á Jesús,
cada día con más fuerza;
esta alegría tan pura,
tan celestial, que me llena

de no gustados deleites,
¿te parece, amada Elena,
que con todo esto no paga
el Señor mis imperfectas
y pobrísimas labores?

ELENA No hay duda, la paga es buena.

TERESA ¡Pues no ha de ser! ¡Oh Dios mío,
lo que yo sufrí! ¿te acuerdas?

ELENA Es claro; no conocías
(si acaso, sólo por fuera)
lo que es convento de monjas.

TERESA ¡Qué soledad, qué tristeza,
qué profundo desamparo,
qué obscuridad más inmensa
se apoderó de mi mente
al verme dentro estas rejas!

¡Y luego pensar que acaso
no fueron mis diligencias
parte para encubrir bien
mis aficiones secretas!

¡Lo que yo sufrí con esto!
Y cual si esto poco fuera,
aun me persigue Isabel
con cartas y...

ELENA Se confiesa
vencida por tu constancia.
Anoche, á solas con ella,
me lo confesó.

TERESA El Señor
ilumine su conciencia.
(*Se oye ruido de álguien que viene*)
¿Será tal vez?

ELENA Lo es sin duda.

ESCENA III

ISABEL, TERESA, ELENA

ISABEL ¿Estais solas? Pues yo os juro
que esto de veras me agrada.

¡Y qué es monja bien pesada
sor María!

ELENA

De seguro
que es mayor tu ligereza.

ISABEL

¿Aun mayor? Afirmary es.

TERESA

(*Disculpando*) Son muy ligeros tus piés.

ELENA

Pero lo es más su cãbeza (*Por Isabel.*)

ISABEL

Muchas gracias.

TERESA

Claro está

con tan poca cortesía
hablaste de sor María,
que...

ELENA

(*Por Isabel*) A ver si así callará.

ISABEL

(*Con afectada seriedad*)

Callemos, porque si no,
se enfadará doña Elena.

ELENA

¿Te parece cosa buena
hablar así? Mira, yo
consentirlo no sabré.

TERESA

Ni yo tampoco; ¡jamás!

Difícilmente hallarás
alma tan rica de fe,
de virtud y de cariño.

¡Y como á su gran prudencia
une la amable inocencia
del más candoroso niño!

ISABEL

Pero... vamos, la verdad,
aunque es muy buena, ¿qué quieres?
me causa hastio...

ELENA

Porque eres
indigna de su bondad.

ISABEL

Es que tenernos quisiera
tan sujetas como á monjas,
sin ver ni oír...

ELENA

¿Las lisonjas
y los requiebros de fuera?

ISABEL

No es eso. Sé que han venido
á visitarme, y que aquí
le dejaron para mí
algo que... no he recibido.
Sé también que sor María

- recibió ayer un papel...
ELENA ¿Qué aún no ha entregado á Isabel?
ISABEL Aunque mucho convenía.
Y sé, en fin, que muy alerta
todos mis pasos advierte.
Decid si esto no es la muerte,
ó cuando menos... su puerta.
TERESA (*Ap.*) ¡Ay, qué locura le dió!
ELENA (*Ap.*) (No, Teresa. Es que tal vez
con toda su pesadez
sor María la aplastó.)
Dí la verdad. Cuando así
sor María está celando,
¿es que advirtió contrabando?
¿Es que sospecha de tí?
¿Es que entró por esas rejas
algo que no convenía?
Y si lo halló sor María,
¿por qué, bobilla, te quejas?
Te juro...
ISABEL Por Dios, no jures.
TERESA Que sólo por hacer bien,
ISABEL hice lo que hice.
ELENA ¿Y por quién
eso hiciste?... No te apures.
ISABEL ¡Apurarme! No, en verdad.
Pero... aguarda, por favor.
TERESA A buscar nueva labor
salgo un momento. Esperad. (*Váse.*)

ESCENA IV

ISABEL, ELENA.

- ELENA (*Acercándose más hacia Isabel.*)
Vamos dime, qué ha pasado.
ISABEL Todo te lo contaré
en secreto, con tal que
lo guardes.
ELENA Por de contado.

ISABEL Debes saber, amiguita,
que tiene Teresa un primo,
buen muchacho, á quien estimo...

ELENA Y él por tí se desepita.

ISABEL Pues te equivocas. No es esa,
no, la madre del cordero.
Un rostro más hechicero
buscó el primo de Teresa.

ELENA ¡Ya!

ISABEL Ella, si, le tiene loco
á Gonzalo, guapo chico,
gallardo, noble y tan rico,
que cuanto dijera es poco.
Al encerrarse ella aquí,
¡figúrate su dolor!
Estaba que... Tanto amor
te juro que nunca ví.
Compasión llegó á inspirarme
tan extremado pesar,
y por su pena aliviar
con ella pensé encerrarme.

ELENA ¡Qué bondad! (*Con ironía*)

ISABEL Como otra cosa,
tiempo hacía, no anhelaron
mis padres, mucho alabaron
resolución tan piadosa.
Aun mayor fué la alegría
de Gonzalo, pues de lejos
podría ver los reflejos
del astro que se escondía.
Y cuanto hiciera en favor
de Gonzalo estando fuera,
hago aquí, más de manera
que no adviertan mi labor.
¡Las tretas que yo imagino!
¡Los recaudos que le llevo!...
¡Y ella sin morder el cebo!
(*Aparte*) ¡Tentar á un ángel divino!
Aun no perdía del todo
la esperanza de vencer
á quien... no será mujer,

ó no es formada del lodo.
Pero, amiguita, ¡imposible!
con la monja que (¿habrá vieja?)
ni á sol ni á sombra nos deja.

ELENA ¡Qué cosa más insufrible!
¡Calla ya! Pues de rodillas
la debieras adorar.

ISABEL ¡Silencio! Y á trabajar,
que ella viene de puntillas.

ESCENA V

ISABEL, ELENA, *inclinadas sobre sus bastidores.*
SOR MARÍA

SOR MARÍA ¡Gracias á Dios, que he podido
acabar con tal mareo!
Sólo, hijas mías, deseo
vivir oculta en mi nido,
y no es posible á menudo. (*Pausa*)
Por veros llevaba priesa.
¿Qué tal, hijas? ¿Y Teresa?
¿Donde está?

ELENA Acabó el escudo
y la cenefa de flores.

SOR MARÍA ¿Todo?

ELENA Todo lo acabó,
y hace poco que salió
en busca de otras labores.

SOR MARÍA Casi á creer me resisto
aplicación semejante.

ELENA Verá usted cosa elegante.

ISABEL Más hermosa no la he visto.

SOR MARÍA ¡Jesús, qué niña!

ELENA Al entrar
la encontré ya trabajando.
¿Qué digo yo? Descansando
estaba después de dar
ella la última puntada.

SOR MARÍA ¡Quién lo creyera!

- ISABEL Sin duda,
su Angel Custodio la ayuda;
y, es claro...
- ELENA No extraño nada.
Porque tenemos en ella
mucho, Isabel, que aprender.
¡Con cuánto gusto ha de ver
el Cielo un alma tan bella!
- SOR MARÍA Es buena, la pobrecita;
y vencidas tentaciones
obtiene preciosos dones
de la piedad infinita.
Generoso es por demás
Nuestro Señor, hijas mías,
y en amorosas porfías
nunca se queda detrás.
A mi ver, lo que en Teresa
más al Señor enamora,
lo que la hace vencedora
en espiritual empresa,
es su corazón no estrecho
rebosando gratitud;
fuente es de toda virtud
el agradecido pecho.
Nunca el donante se olvida
de quien sabe agradecer,
y á todos causa placer
alma que es agradecida.
- ELENA ¿Y por eso ella merece
ser amada con exceso
de todo el mundo?
- SOR MARÍA Por eso,
porque todo lo agradece.
- ISABEL (*Aparte.*) (No hablara así don Gonzalo.)
- ELENA ¡Qué niña! Cual Angel bueno
me inspira amor á lo bueno
y horror inmenso á lo malo.
- SOR MARÍA La verdadera amistad
lleva á Dios y en El estriba.
- ELENA Nunca, por mucho que viva,
podré olvidar su bondad.

ISABEL ¿Sólo de ella has de acordarte?
¿Y de la Madre? ¿Y de mí?
ELENA Ahora no se habla de tí.
Cuida sólo...

SOR MARÍA De enmendarte.
Porque, hija mía, repara
que Dios lo ve y sabe todo;
por lo cual, obra de modo
que Dios no te lo eche en cara.
¡Qué dicha será la mía
si las que aquí nos amamos,
en el Cielo nos juntamos!

ELENA ¿Y por qué no, sor María?

SOR MARÍA ¡Qué dicha, brillar allí
puras, lucientes y bellas
cual celestiales estrellas!

ELENA ¿Cómo estrellas, Madre?

SOR MARÍA Sí.

Pasarán siglos y edades
y su luz no apagarán;
á su lado rodarán
perpétuas eternidades;
y siempre, siempre...

ISABEL Me gusta
el parecerme á una estrella.

SOR MARÍA Pues si quieres ser cual ella,
empieza á ser alma justa.
¿Qué digo yo? Acá en el suelo
el alma que es inocente
es ya estrella refulgente
antes de subir al Cielo.
Escuchad. Durante el sueño,
una noche yo advertí
que descendía hácia mí
una estrella.

ISABEL ¡Hermoso ensueño!

ELENA ¿Acaso fué una visión?

SOR MARÍA No lo sé. La luz aquella
vino á entrar como centella
dentro de mi corazón.

ELENA Este caso me interesa.

- ¿Cuándo fué eso, sor María?
SOR MARIA La noche del mismo día
en que vino aquí Teresa.
ISABEL ¡Cosa extraña!
ELENA ¡Prodigiosa!
No hay duda: usted no soñó;
De Teresa el alma vió.
¿Hay estrella más hermosa?
SOR MARIA Callad. ¡Ya decía yo
que mucho tardaba! ¿Niña? (*Llamando.*)
TERESA (*Apareciendo con la labor en la mano.*)
Por Dios, Madre, no me riña.
SOR MARIA ¿Reñirte, hija mía? No.

ESCENA VI

ISABEL, ELENA, SOR MARÍA, TERESA

- SOR MARIA Vamos, siéntate á mi lado.
ISABEL (¡Siempre lo mismo!) (*Con despecho.*)
SOR MARIA Porque...
¿Piensas que yo no lo sé?
ELENA Lo tiene muy bien ganado.
TERESA (*Aún de pié.*) ¡Dios mío! Tanta bondad
me confunde, amada Madre.
ELENA Aunque á tu humildad no cuadre...
TERESA ¡Si aún no sé que es humildad!
SOR MARIA Si sabes obedecer,
sabrás mucho, y sin trabajo;
que la obediencia es atajo
para muy pronto obtener
toda virtud. Porque ¡cuántas
almas sólo obedeciendo
fueron subiendo, subiendo
hasta llegar á ser santas!
A ver, pues, cuál de vosotras
también lo alcanza.
ISABEL Es ya tarde
SOR MARIA Lo es para el alma cobarde.
ELENA ¿Pero ser santas nosotras?

SOR MARIA Pues sabed que el otro día
uno de los caballeros
que aquí vinieron á veros,
dijo...

ISABEL ¿Lo que?

SOR MARIA Que sería
una de vosotras santa.

TERESA *(Con naturalidad y profundo gozo.)*

¡Qué dicha! ¿Si seré yo?

SOR MARIA Tan formal lo aseguró,
y su gravedad fué tanta,
que...

ISABEL *(Sonriendo con aire de incredulidad.)*

¡Grandísima sorpresa
si fuera yo la escogida!

SOR MARIA *(Con severidad)* Para salir en seguida
é ir á la Madre Abadesa,
que esto y... lo otro te dirá.

ISABEL *(Ap.)* ¡Que pesadez! Voy corriendo. *(Váse.)*

ESCENA VII

SOR MARIA, TERESA, ELENA

SOR MARIA ¿Cuándo se irá corrigiendo
esta niña? Perdí ya
la esperanza. Yo no sé
cómo no se ha despedido.

ELENA Sin duda se habrá sabido...

SOR MARIA Todo descubierto fué.

ELENA *(Ap.)* ¡Pobre Teresa! ¡Y qué lazos
se tendieron á su alma!
Es envidiable tu calma,
Teresa mía.

TERESA En los brazos
de Jesús descanso, Elena.

ELENA Ya es hora de que en los cielos,
tras vientos, nubes y hielos
brille la estación serena.
Pasó el invierno, querida,

- como dice allá el Esposo.
- SOR MARIA Mas alerta, que el reposo
puede cesar en seguida.
Sosiégate, sin embargo;
porque, si es justo el Señor,
y no es corto en su rigor,
en compasión es más largo.
- TÉRESA Gozo de tranquilidad:
pido á Jesús solamente
que á ilustrar venga mi mente
para hacer su voluntad.
Del mundo frívolo y necio
¿qué es lo que me importa á mí?
Como bien le conocí,
me inspira sólo desprecio.
Ser de Dios, pertenecerle
en cuerpo y alma: esto ansío.
- SOR MARIA A Jesús, Esposo mío,
así debes complacerle.
- TERESA Está bien. Mas ¡ay! que apenas
me resuelvo á abandonar
la causa de mi penar.
Aún estimo las cadenas
de mundana esclavitud.
- SOR MARIA Espera, ten confianza,
que Dios vendrá sin tardanza
á esforzar más tu virtud.
- ELENA (*Ap.*) ¡Tan grande fuese la mía!
Eso le pido yo al Cielo.)
- TERESA Es que inexplicable anhelo
me persigue todo el día.
Sólo de Dios quiero ser,
y sin embargo, allá... léjos...
no sé que vagos reflejos
me acobardan sin querer.
- SOR MARIA Son del mundo los vapores
que á tu vista el cielo empañan;
son ellos los que te engañan
fingiendo abismos de horrores.
Lo mismo, igual pasé yo.
(*Recordando.*) ¡Dios mío, qué nube aquella!

Más luego la oculta estrella
de mi vocación brilló.
Fué entonces que mis oídos
esto oyeron asombrados:
«Son muchos, sí, los llamados,
y pocos los escogidos.»
El Señor, que es justo y fiel,
¡qué premio guarda y corona
para aquel que lo abandona
todo por servir á El!

ELENA ¡Ay Madre! Calle, por Dios,
que su acento de bondad
me daña, pero... es verdad...

TERESA Nos hace bien á las dos.
Ser monja me parecía
hace poco, un desatino;
del más seguro camino
de mi salvación huía.
Pero ahora...

ELENA También yo
mucho lo deseo, Madre.

SOR MARIA Se opondría vuestro padre.

ELENA Si el Señor lo quiere, no.

(Oyese una campanilla.)

SOR MARIA Me llaman. ¡Jesús me asista!
A ver las labores. *(Examinando)* Bien.
Hijas, Dios os guarde.

ELENA Y TER. Amén.

SOR MARIA Vuelvo tan pronto esté lista.

ESCENA VIII

TERESA, ELENA

ELENA No lo sé, mas me parece
que se trata de Isabel.
El golpe será muy cruel;
pero...

TERESA ¿Es verdad? *(Compadeciéndose.)*

ELENA *(Con severidad.)* Lo merece.

No ví igual atrevimiento
en mi vida.

TERESA ¡Es tan ligera!

ELENA Pues á correr iré fuera
dejando en paz al convento.

TERESA De palomas blando nido,
donde tú reposarás...

ELENA ¿Y tú no? ¿Dónde te irás?

TERESA Elena, no me despido
de esta casa todavía.

Y cuando aquesto suceda,
mucho me temo no pueda
dejar á tí y sor María.

No puedo en ello pensar.

ELENA Y sin embargo, es tu anhelo
dirigir rápido vuelo
á más alto palomar.

TERESA Ya lo sabes, tengo allí
una amiga...

ELENA Y dí, por Dios,
¿no tienes aquí...?

TERESA A las dos,
á sor María y á tí,
ya lo conocéis, os amo
con verdadera pasión;
hermanas del corazón,
desde que os conozco, os llamo.

ELENA Pero dejarnos deseas;
y, la verdad, yo no sé
cómo sufrirlo podré.

TERESA ¿Dejaros yo? No lo creas.
¿Pero quien no va veloz,
cuando Dios le llama, á donde
le guía? ¿Quién no responde
del buen Jesús á la voz?

ELENA Pues mira, mis oraciones
serán para que te quedes.

TERESA A ver si alcanzarlo puedes
del Rey de los corazones.
¡Con cuánto placer al lado
de Elena y de sor María

mi existencia pasaría,
si lo quiere nuestro Amado!
Pero quizás á otra parte
me llame.

SOR MARÍA (*Llamándola desde dentro*) Teresa, ven.

TERESA ¿Oíste?

ELENA La Madre es quien
te llama.

TERESA Voy á dejarte (*Vase*).

ESCENA IX

ELENA, *sola*

Marcha, niña angelical.
¿Por qué hube de conocerte,
si, no hay duda, he de perderte,
y muy pronto por mi mal?
Días hace el corazón
me lo está diciendo á voces.
¡Ay, qué pasaron veloces
los días de nuestra unión!
¡Qué candor! ¡Cuánta virtud!
¡Qué alma tan encantadora!
¿A qué pecho no enamora
tanta gracia y juventud?
En salud y enfermedad
muestra la misma alegría;
¿quién que está enferma diría?
Y sin embargo, es verdad.
Aquel júbilo constante
que desde sus claros ojos
desciende á sus labios rojos
é ilumina su semblante,
no ahuyentará, cual solía,
las sombras de mi tristeza.
¿Qué será de mi flaqueza
sin tal esfuerzo y tal guía?
Dando las mismas lecciones
y alzando igual oración,

¡qué estrecha y dulce la unión
de nuestros dos corazones!
Al pensar que pronto irá
lejos de aquí... casi lloro.
¿Dónde tan rico tesoro,
por mi mal, se esconderá?
¿Dónde colgará su nido
esta cándida paloma?
¡Dichoso el valle ó... la loma
que haya por suya escogido!...
Yo lo sabré; y si llevar
puedo adelante mi empresa...
¡Oh! ¡Qué ventura, Teresa,
poder tras de tí volar! (*Pausa*).
Esperemos: por ventura
algo la Madre me cuente.
¡Pues qué! ¿Acaso ella no siente,
por más que calle, amargura?
Hace unos días que advierto
cierta sombra en su semblante;
va á hablar, y calla al instante,
cual si algo lleve encubierto.
Hoy su tardanza en venir,
y sus salidas frecuentes
son señales evidentes
de que algo aquí va á ocurrir.
La siento ya (*Mirándola*). Viene triste.

ESCENA ULTIMA

ELENA, SOR MARIA


SOR MARIA ¡Quedaste sola!
ELENA (*Con desconsuelo*) ¡Solita
me han dejado!
SOR MARIA No tan sola
como tú supones, hija,
teniendo, como bien sabes,
á un Angel por compañía.
¡Si tú supieras qué afecto

ELENA Salgo, sí, á decir á Dios
á mi amiga queridísima;
Angel que extiende las alas
para subir más arriba.

SOR MARÍA ¡Quién sabe!... Tal vez Jesús
una Esposa solícita
en quien mostrar la grandeza
de sus ternuras divinas.
Acaso... Pero salgamos,
que es tarde ya.

ELENA (*Sollozando*) ¡Amiga mía!
¡Dulce Teresa! ¿Te vas,
y me dejas tan solita?

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.



CUADRO TERCERO

TERESA DE JESÚS EN EL CONVENTO

Huerto-jardin de un convento, en último término, desde donde se sube por algunos escalones á la sala, que, separada del jardin por una balaustrada, se halla en primer término.—Puertas laterales.—Mobiliario severo.—Algunas parejas de Religiosas se están pasando por el jardin, platicando en silencio.

ESCENA PRIMERA

SOR JUANA.—SOR ELENA, *las cuales subiendo del jardin se sientan en un banco de la sala*

- ELENA Sentémonos aquí, Juana,
 y podremos platicar.
 Estoy cansada de andar.
- JUANA Como tú quieras, hermana.
 Hace un tiempo delicioso.
- ELENA Y esta huerta es muy amena.
- JUANA ¿Te gusta este campo, Elena?
- ELENA Es muy grande y deleitoso.
 Desde aquí también podremos
 gozar de hermosura tanta.
 ¿No es verdad?
- JUANA Cierito que encanta

- el jardín que aquí tenemos.
- ELENA No era tan grande el que había en el convento de Gracia.
- JUANA Tuviera por gran desgracia si un sitio así no tenía. Porque, vamos, es verdad lo que nos dice Teresa: «al espíritu embelesa del campo la variedad. Ver agua, campos y flores es, dice, el libro mejor, en donde del Criador descúbranse los amores.» Cuando allí estabais, ¿es cierto que ya el campo le gustaba?
- ELENA ¡Oh, lo que ella disfrutaba en aquel pequeño huerto! Recuerdo que sor María... (¡qué mujer aquella, Elena! ¡qué alma tan pura y tan buena! ¡y lo que ella nos quería!...) Recuerdo, entre otras cosas, que tras de mucho pedir, nos concedió el perseguir en el huerto mariposas. Una, más veloz que el viento en un rosal se posó... ¡La del humo! dije yo; pero Teresa, al momento, dando sus sencillas galas al aire, halló la mariposa en el cáliz de una rosa, y la cogió por las alas. En el hueco de su mano presa la tuvo un instante; mas al ver su chal brillante trocado en polvo liviano, y al mirarla amortecida, por no estar en su elemento, la soltó; y cruzando el viento recobró galas y vida.

¿La has soltado? dije yo.
Sí, me contestó Teresa;
no sufrí contemplar presa
á quien con alas nació.
Miré al alma, que nacida
para alzar sublime vuelo,
va arrastrando por el suelo
de vil esclavo la vida.
¿Y qué quieres? Fué una cosa
que me infundió dulce calma
ver, dijo, el vuelo de un alma
en el de una mariposa.

JUANA
ELENA

¡Siempre los mismos anhelos!
Pero que creciendo van,
y que sólo cesarán
cuando vuela hasta los cielos.

JUANA

Si imagino que ya vive
vida del Cielo en la tierra.
¡Qué tesoros su alma encierra!
¡Qué altos favores recibe!...

¿No sabes? Pero allá pasa
(*Teresa y Leonor atraviesan el jardín*)
con su sobrina Leonor.

ELENA
JUANA

Y acá vienen.

Sí, ¡qué ardor
divino el rostro le abrasal

ESCENA II

TERESA, LEONOR, ELENA, JUANA

TERESA
JUANA

¡Hola! ¿Aquí estais?

Platicando

nos hemos quedado aquí.

LEONOR

Lo pensaba; pues no os ví
en la huerta paseando.

TERESA

(*Al sentarse*) Sentémonos un momento
con tan buena compañía.

Ven, Leonor. (*Le hace sitio*).

LEONOR

(*Distraida*) Ya vengo, tía.

- TERESA Cerca de mí (*Cariñosamente*).
- LEONOR Ya me siento (*Sentándose*).
Bien se está aquí.
- ELENA (*Tendiendo la vista*) Encantador
es aqueste panorama.
- JUANA Para quien de veras ama
todo lo pinta el amor.
- TERESA Y, claro está, como amais
vosotras con alma fiel
á Jesús...
- LEONOR Con tal pincel,
de oro todo lo pintais.
- ELENA Buena sobrina, muy buena
saldrá Leonor, si es que Dios
no lo remedie.
- LEONOR Las dos
pedid al Señor, Elena,
que el remedio no me dé
para ese mal que imagina
tu celo; y de ser sobrina
yo no me avergonzaré.
- TERESA ¿Pues no seréis habladoras?
Por Dios, no olvides, Leonor,
que se evapora el amor
con las palabras sonoras.
Si á esta soledad te trajo
Jesús misericordioso,
á solas con tal Esposo
olvida lo de acá abajo.
Deja complacencias vanas,
y en Dios absorta la mente
hallarás en El la fuente
de delicias soberanas.
- JUANA (*Ap. á Elena*) (Volará la palomica).
- ELENA (*Ap.*) (¿Cómo no, con tal maestra?)
- LEONOR No temo, si usted me muestra
el camino...
- TERESA Mortifica
al principio todo impulso
de amor propio, y ya verás...
- LEONOR ¡Amor de Dios! Lo demás

todo me parece insulso.
Y usted, tía, cuando entró
en esta santa morada...
Nunca me ha contado nada
de eso.

TERESA

ELENA

¿Qué me sucedió!
¿Qué había de suceder,
una vez logrado había
lo que tanto apetecía?
Morirse ya de placer.

TERESA

(Sonriendo) Aun viva estoy, por lo cual
no pasó lo que tú cuentas.

ELENA

TERESA

¿No?
Conozco que me tientas,
y á pagar voy bien por mal.

JUANA

Bendita la tentación,
motivo de tal victoria.

TERESA

¡Qué niñas sois!... (Pausa) La memoria
recuerda bien la impresión
triste de tales sucesos.
Pocas veces sufrí tanto...
Parecióme que el quebranto
desconyuntaba mis huesos.

LEONOR

TERESA

¿Qué sentía?
Yo sentía
dejar mi querido padre,
pues ya sabes que mi madre,
tu abuela, ya no existía.
Y aquel amor, tan profundo
como tierno, en mí causó
lo que nunca consiguió
todo el prestigio del mundo.

LEONOR

Que creo no anduvo escaso
de lisonjas para usted.

ELENA

Peligrosa fué la red
que quiso impedirle el paso.

TERESA

Aun mucho mayores fueron
de Dios las altas piedades;
mis muchas iniquidades
el infierno merecieron.

JUANA

Todas lo hemos merecido.

LEONOR
TERESA

¿Y duró mucho el dolor?
Pasó muy pronto. Leonor,
al descansar en mi nido.
No me mintió la esperanza
dichas aquí y amor cierto,
tras bravo mar hallé el puerto,
tras la tempestad, bonanza.
Descendió á mi corazón
ignorada dulcedumbre;
me parecía en la cumbre
estar de nueva región.

Los más humildes quehaceres
de esta Casa yo anhelaba,
y en su ejercicio gozaba
de inexplicables placeres.
Limpiarlo todo, barrer
corredores, sala, alcoba...,
manejar la recia escoba...,
¡qué delicia! ¡qué placer!

¡Con cuánta felicidad
aquí pasé trabajando
las horas que, fuera estando,
consagré á la vanidad!

JUANA

Y es claro, tras las delicias
como siempre vas corriendo,
nos continuas sirviendo
aun á las mismas novicias.

ELENA

¡Codicia extrema! ¿Qué extraño
que dé Jesús en reñirte?

TERESA

Y tú des en divertirte.

ELENA

¿Por qué no?

TERESA

Mas no haya engaño.

¿Oyes, Elena?

ELENA

Está bien.

TERESA

Aquí os quedais.

LEONOR

¿También puedo
quedarme?

TERESA

Sí.

LEONOR

Pues me quedo.

JUANA

Luego entraremos también.

ESCENA III

LEONOR, JUANA, ELENA

ELENA ¡Tan sencilla... y tan sublime!

¡Tan cariñosa... y tan santa!

JUANA De día en día me encanta
más y más.

ELENA ¿Acaso, dime,
puede haber un corazón
que no la ame, si la ha visto?

JUANA Yo creo que Jesucristo,
al ver tanta corrupción,
le infunde ese hechizo suave,
siendo, por alta merced,
de los espíritus red.

ELENA Y de corazones llave.

LEONOR ¡Cuántos abrió, con su acento!

JUANA Y hasta con sus mismas cartas.

Conozco á personas hartas
que dan fe de tal portento.

Y no falta quien, si impura
tentación le asalta, luego
apaga el maligno fuego
con la sabrosa lectura
de cartas que ella escribió.

ELENA De virginidad tesoro,
sabe convertir en oro
la escoria vil que tocó.

Desde que la conocí
en el convento de Gracia,
obró con tal eficacia
su alegre virtud en mí,
que tan sólo el pensamiento
de separarme yo de ella
me afligía.

JUANA Fué la estrella

que te guió á este convento.

ELENA Es verdad. Dios, como vés,

- me tendió tan dulce lazo.
JUANA Para gozar de su abrazo
las dos á un tiempo.
- LEONOR (*Rectificando*) Las tres.
Porque yo también... ¡Quién sabe
de esta infeliz qué sería,
á no ser mi amada tía!
¡Pobre de la frágil nave
en alta mar!
- JUANA Mas ¡dichosa
cuando descansa en el puerto! (*Pausa*)
- ELENA (*Mirando al jardín*)
¿Lo veis? No queda en el huerto
ya ninguna religiosa.
- LEONOR Mi tía tampoco sale.
- JUANA Pues vayámonos por fin.
- LEONOR Salgamos por el jardín.
- ELENA Como queráis.
- LEONOR Sí, mas vale.
(*Bajan los escalones del jardín*)
Así enseñaros podré...
¿No lo sabeis? (*Con misterio*)
- JUANA ¿Qué ha pasado?
¿Alguna flor ha brotado?
- LEONOR Sí, una flor; una flor fué.
- ELENA Pero tal vez no es del suelo.
- JUANA Vamos, acaba, Leonor,
y enseñanos esa flor.
- LEONOR ya no está aquí, voló al cielo.
- JUANA ¡Bah! (*Impaciente*)
- LEONOR Os lo diré claramente.
- JUANA Cuéntanoslo sin ficción.
- LEONOR Se trata de otra visión
que ha tenido...
- ELENA ¡Dios clemente!
¿Cuándo pasó?
- LEONOR Pasó ayer.
- JUANA Cuenta, por Dios.
- LEONOR Pues salía
de aqueste sitio mi tía,
cuando vió...

ELENA
LEONOR

¿Qué hubo de ver?
Vió delante de sus ojos,
aun más blanco que el armiño,
á un hermosísimo niño,
que, abriendo sus labios rojos
y contemplándola amante,
dijo, con voz que embelesa:
«¿Cómo te llamas?»—«Teresa
de Jesús», ella al instante
contestó; y luego anhelando
saber cómo se llamaba
niño que así embelesaba,
gracias mil y mil mostrando,
le preguntó así con priesa:
«Y, tú, niño, á quien ya amo,
¿cómo te llamas?»—«Me llamo,
dijo, Jesús de Teresa.»
¡Alta visión!

ELENA
JUANA

¡Deliciosa!

LEONOR

¿Después de esto qué pasó?
Que Jesús desapareció
de la vista de su Esposa.

JUANA

«¡Jesús de Teresa» quiere
llamarse nuestro buen Dios!

ELENA

Su nombre unieron los dos.

LEONOR

¿Es que á todas la prefiere?

JUANA

Digna es de ser preferida. *(Pausa)*
Mas quiero ver... y adorar
el ya bendito lugar
de esta visión.

LEONOR

En seguida

lo vais á ver. Aquí está.

(Guía á sus compañeras á un ángulo del huerto, donde se supone que hay una puerta que comunica con los claustros del convento. Sólo se ve Leonor, que se queda vuelta de espaldas hablando con sus compañeras.)

ESCENA IV

TERESA, sola.

(*Mirando alrededor*)

¡Pues no están ellas aquí!

¡Ah! sí. Allá abajo las veo.

Leonor les habla. Tal vez

les estará refiriendo...?

¡Esta niña!... Y la verdad
es que es un ángel. No menos
lo son las otras. ¡Qué joyas
en esta Casa tenemos!

¡Qué flores tan delicadas
se abren á la luz del Cielo!

Jesús, mi bien, debe holgarse,
cual divino jardinero,

en pasear por las sendas

de este jardín tan ameno,

aspirando mil aromas

de virtudes y de afectos.

Sólo yo, infeliz criatura,

soy planta que nunca medro,

mustia, seca, sin perfume,

sólo buena para el fuego.

¡Y pensar que no se pierde

por el dueño de este huerto!

¿Pensar que son indecibles

sus afanes y desvelos

para que el agua no falte

y sea continuo el riego!

¡Pensar que por todas partes

me están, Dios mio, envolviendo

las desbordadas corrientes

de tus favores excelsos,

sin que el ánima mezquina

é ingratitud de mi pecho

basten á atajar la fuente

de tu amor, mi dulce Dueño!

Pobre y flaca mujercilla,
detrás de todas me quedo;
sólo no sufro me ganen
en amor y en los deseos.
¿Pero dónde están las obras?
¿Y qué empresas acometo?...
Espero poco de Dios,
y Dios me dá lo que espero.
Tan desmedidas ruindades
me infunden gran desaliento.
¡Oh, si Dios me castigara,
como por ellas merezcol
Mas se aumentan sus mercedes
á medida de mis yerros.
Yo á hacer faltas. El á henchirme
de sus favores supremos.
De todas, esta es la pena
más delicada que siento;
no hay otra que así traspase
de mi corazón los senos. (*Pausa*)
De tan pobre gusanillo
ten piedad, oh Jesús bueno;
confía á más puras almas
de tu amor altos secretos.
Aun resuena dulcemente
de mi espíritu en el centro
aquella voz... sólo tuya
que ayer me dió tanto esfuerzo
al decirme estas palabras:
«Hija mía, no hayas miedo,
porque nadie ha de poder
separarte de mi pecho.»
Y como si fuera esto poco,
te ví entonces, dulce Dueño,
la mano derecha darme
y decirme al mismo tiempo:
«¿Ves este clavo? Yo en arras
de nuestra unión te lo entrego.
Hasta el presente no habías
merecido tanto obsequio,
pero de aquí en adelante,

Esposa mía, yo quiero
que, como tal, por mi honra,
que es tuya, mires con celo.»
¡Dios mío! ¿Será posible
que de amor con tal exceso
trates á quien no merece
sino rigor y desprecio?
De tan subidas mercedes
¡ay! me oprime el grave peso.
Ensancha tú mi bajeza,
porque si no... desfallezco.
¿Cómo preciar ya del mundo
los desabridos consuelos
y el platicar enojoso
que engañada me tuvieron?
¿Cómo andar desatinada
tras vanos contentamientos,
cuando sonar á menudo
oigo, Dios mío, tu acento?
Hace poco me digiste
estas palabras: «No quiero
que con los hombres más hables;
sino que (añadiste luego)
quiero trates solamente
con los Angeles del cielo.»
¡Oh! Finezas semejantes
me paran tal, que no acierto
á decir ni pensar nada
en mi dulce embobamiento.
Y me cojen de repente
tales impulsos secretos,
que, á mi pesar, resistirlos
no puedo, mi Dios... no puedo.
¡Oh!... En la sala voy á entrarme.
Que nadie me vea, al menos.
Llamar quería á Leonor...
Pero... ¡imposible! No quiero.
(*Entrase por la puerta de la izquierda del
espectador.*)

ESCENA V

LEONOR, JUANA

(Las cuales, desde el ángulo del jardín donde estaban, se vuelven de cara y se encaminan á la sala, hasta quedar en el proscenio.)

ELENA *(Desde dentro)* A Dios, pues. Me voy arriba por el claustro.

(Váse por la puerta cerca de la cual se hallaba)

JUANA Elena, á Dios

Vámonos nosotras dos por aquí.

(Siéntanse en un banco del proscenio.)

De que se escriba

Es digna merced tan alta.

LEONOR Tan solo por obediencia lo hará.

JUANA Grande penitencia merecería la falta

de no contar los divinos favores que ella recibe.

LEONOR ¡Y lo veloz que ella escribe!

JUANA Sus rasgos son peregrinos.

Yo creo que un Angel guía su pluma. ¿Verdad, Leonor?

LEONOR Bañado de resplandor

su rostro, la observé un día mientras las líneas trazaba.

Al contemplarla de lejos me creí que á los reflejos

de aquella luz se quemaba.

JUANA No extraño ya que suceda

que leyendo sus renglones se abrasen los corazones

en el fuego que allí queda.

¿Mas cómo puede escribir tan ocupada al hallarse?

La plana habrá de quedarse
mil veces sin concluir.

LEONOR ¿Y qué importa si al volver
á su celda, vé acabada
plana que dejó empezada?

JUANA ¿Esto, Leonor, puede ser?

LEONOR Lo ví yo. Será sin duda
que de Dios la omnipotencia,
en premio de su obediencia,
manda un Angel en su ayuda.

JUANA ¡Qué prodigio! Mas se explica
que los Angeles también
traten y sirvan á quien
sólo con ellos platica.

LEONOR Tienes razón. Ahora mismo
no temiera asegurar
que en la oración debe hallar
de dulzuras un abismo.

JUANA ¿Vamos á ver?...

LEONOR (*Mirando hácia la puerta de la izquierda
del espectador.*)

Viene Elena,
y tal vez...

ESCENA VI

ELENA, LEONOR, JUANA

ELENA ¿No lo sabéis?

LEONOR ¿Qué pasa?

ELENA ¡Se desmayó!

LEONOR { ¡Ay, Jesús! (*Muy tristes*)

JUANA Mas ya pasó.

ELENA Pero...

LEONOR Sí, no os espantéis.

ELENA Está muy buena, mejor
que antes de lo sucedido.

JUANA No entiendo.

LEONOR ¿Pues qué ha ocurrido?

ELENA ¿Qué? Pregúntalo al amor.
LEONOR ¡Ah! No come, ni reposa,
ni duerme, siempre velando,
siempre al Esposo aguardando...

ELENA Y Dios viniendo á su Esposa.
JUANA ¿Nuevo favor?

LEONOR ¿Es posible?

ELENA Nuevo favor, y tan nuevo
que á deciros yo me atrevo
ser ello cosa indecible.

LEONOR Cuenta, Elena.

ELENA Pues con priesa
iba el corredor cruzando;
mas sucedió que llegando
á la celda de Teresa,
hondos gemidos oí;
me detuve algún momento,
y conocí que el acento...
¿Era de Teresa?

JUANA Sí.

ELENA ¿Y entraste?

LEONOR Estaba cerrada
ELENA la puerta; pero llamé;
volví á llamar, vano fué;
no me respondía nada.
Y como fuera creciendo
aquel profundo gemir,
resolví entonces abrir,
á ver qué estaba ocurriendo.
Abrí la puerta anhelante,
y ¡oh, qué cuadro observé yo!
Tanta luz me deslumbró
los ojos; pero al instante
miré, y ví cabe la mesa,
lánguidamente inclinada,
hermosa, transfigurada
y palpitante, á Teresa.
En tanto al lado derecho
estaba un Angel gallardo
blandiendo encendido dardo
é hiriendo con él su pecho.

- LEONOR ¡Ay, Dios mío! (*Con compasión.*)
JUANA ¡Por piedad!
ELENA No temáis, porque son estas
señales bien manifiestas
de la eterna caridad.
- LEONOR Mas la herida...
ELENA No hay temor
de que le dañe á Teresa.
¿Aún no adivináis que es ésa
la dulce herida de amor?
- JUANA ¿Llora? ¿Suspira? ¿Se queja?
ELENA Se queja, y llora, y suspira...
Mas del amor en la pira
con gusto abrasarse deja.
No aparta, no, el corazón
del dardo que lo destroza;
dijérase que se goza
en tan cruda operación.
Harto se ve que la saña
del Serafín aún desea,
y con placer paladea
una herida... que no daña.
Su rostro bello, radiante,
y sus extáticos ojos,
y, rica en fulgores rojos,
su boca, que suspirante
de exhalar llamas no cesa,
muy claro dan á entender
cuan grande sea el placer
y la gloria de Teresa.
Esto mismo han conocido
las Hermanas.
- LEONOR ¿Acudieron?
ELENA Y en sus brazos la cogieron
cuando del cuarto he salido
á avisaros.
- JUANA ¿Pues qué hacemos?
LEONOR Vamos también. (*Oyese á lo lejos un canto*)
¿Pero oís?
- ELENA Es un canto.
LEONOR (*Alzándose impaciente.*) ¿No venís?

ELENA Tal vez vengan. Aguardemos.
LEONOR Están cerca, me parece.
JUANA Diría que cantan todas.
ELENA Es que celebran las bodas
de quien de amor desfallece.

ESCENA ÚLTIMA

LEONOR, ELENA, JUANA Y VARIAS RELIGIOSAS

(Varias religiosas atraviesan en procesión el huerto, cantando á media voz, y sosteniendo entre dos á Teresa. Pueden cantar, como muy apropiados á esta situación, estos versos de la Santa:)

*Ya toda me entregué y di
Y de tal suerte he trocado
Que mi Amado es para mi
Y yo soy para mi Amado.*

Cuando el dulce Cazador
me tiró y dejó rendida,
en los brazos del amor
mi alma quedó caída,
y cobrando nueva vida
de tal manera he trocado,
*Que mi Amado es para mi
y yo soy para mi Amado.*

Tiróme con una flecha
enarbolada de amor,
y mi alma quedó hecha
una con su Criador;
ya yo no quiero otro amor,
pues á mi Dios me he entregado,
*y mi Amado es para mi
y yo soy para mi Amado.*

LEONOR ¡Oh! Mirad á las Hermanas
allá abajo. ¿Veis?

- JUANA Es cierto.
- ELENA Es que la llevan al huerto,
donde, con suaves manzanas
y flores, sin duda harán
blando lecho á la querida
Esposa desfallecida.
- LEONOR Dos sosteniéndola van
con cuidado.
- ELENA Allí reposo
y dulce sueño de amores,
entre manzanas y flores,
hallará la que el Esposo
escogió entre mil y mil.
- LEONOR Y es verdad. Van recogiendo
flores y un tálamo haciendo
con ellas.
*(Se hará un templete, ó cosa parecida, con
arcos de hojas y de flores, en sitio que pueda
ser bien visto de los espectadores, y allí se
colocará reclinada á Teresa.)*
- JUANA ¡Lindo pensil
embalsamado de aroma!
- ELENA Nido oculto de verdor
en donde arrullos de amor
exhale amante paloma.
(Se oye confusamente la voz de Teresa.)
- LEONOR Callad. ¿Oís? Yo diría
que es su voz la que hora suena.
- JUANA Es verdad. ¿Oyes, Elena?
- ELENA ¡Angelical melodía
- TERESA *(Con grande expresión y sentimiento.)*
Hermanas, cese el cantar;
no turbeis mi dulce sueño.
En brazos de Dios, mi Dueño,
¡ay, cuán bueno es descansar!
- ELENA Guardad, Angeles del cielo,
sueño tan encantador.
- LEONOR ¡Silencio! Muere de amor
LA PALOMA DEL CARMELO.

NOTAS

Acerca de su afición á leer libros de Caballerías, y á traer galas, la misma Santa escribe lo siguiente en el capítulo segundo de su Vida:

«Yo comencé á quedarme en costumbre de leerlos (los libros de Caballerías) y aquella pequeña falta, que en ella ví (en su madre) me comenzó á enfriar los deseos, y comenzar á faltar en lo demás; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento. Comencé á traer galas, y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello y olores... por ser muy curiosa.»

Y no sólo leía estos libros, si no que, según refiere el Padre Ribera en su Vida de la Santa, «siendo niña escribió Santa Teresa, acompañada de su hermano Rodrigo, un libro de Caballerías, con tanta elegancia y sutileza, siguiendo el método, ficciones y términos que suelen practicarse en tales obras, que admiró á cuantos lo leyeron.»

Acerca de su amistad con una parienta, y del disgusto con que la veían su padre y hermana, dice lo siguiente, en el mismo Capítulo de su Vida:

«Ansí me acació á mí que tenía una hermana de mucha más edad que yo (D.^a Maria), de cuya honestidad y bondad, que tenía mucha, de ésta no tomaba nada, y tomé todo el daño de una parienta, que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la había mucho procurado desviar que tratase en casa (parece adivinaba el mal que por ella me había de venir), y era tanta la ocasión que había para entrar, que no había podido. A ésta que digo me aficioné á tratar. Con ella era mi conversación y pláticas, porque me ayudaba á todas las cosas de pasatiempo, que yo quería, y aún me ponía en ellas, y daba parte de sus conversaciones y vanidades.»

«Mi padre y hermano sentían mucho esta amistad, reprendíanla muchas veces...»

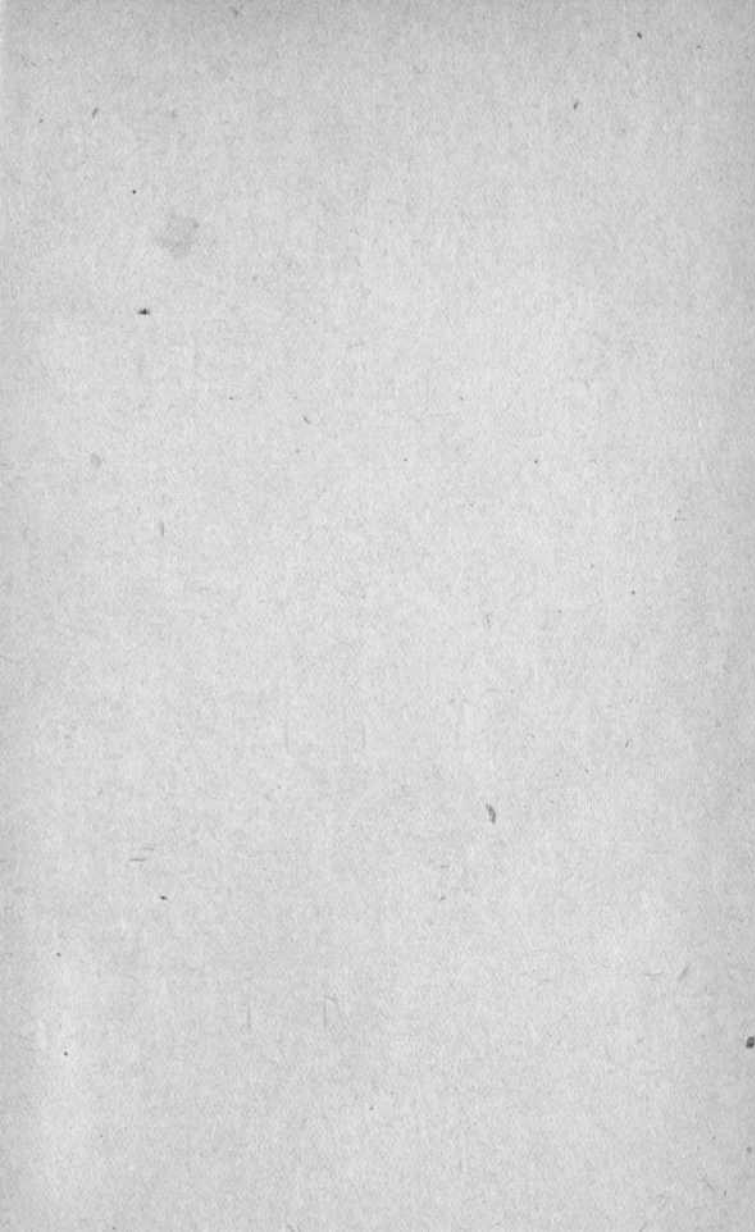
Respecto de sus primos, la Santa escribe:

«Tenía primos hermanos algunos, que en casa de mi padre no tenían otros cabida para entrar, que era muy recatado... Eran casi de mi edad, poco mayores que yo; andábamos siempre juntos, teníanme gran amor; y en todas las cosas que les daba contento, los sustentaba plática y oía sucesos de sus aficiones y niñerías, no nada buenas...»

Acerca de su entrada y permanencia en el convento de Santa María de Gracia, de Avila, en el mismo capítulo, escribe la Santa lo siguiente:

«Porque no me parece había tres meses que andaba en estas vanidades, cuando me llevaron á un monesterio que había en este lugar (Santa María de Gracia, convento de monjas Agustinas) adonde se criaban personas semejantes.»

«Aún con todo esto no me dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera como me desasosegar con recaudos. Como no había lugar, presto se acabó, y comenzó mi alma á tornarse á acostumar en el bien de mi primera edad... Una cosa tenía, que parece me podía ser alguna disculpa si no tuviera tantas culpas, y es, que era el trato con quien por vía de casamiento me parecía podía acabar en bien.»



NOTAS

Acción de la Comisión de Estudios de Historia y Geografía de la Universidad de Chile, en el mes de Julio de 1911.

En la sesión de la Comisión de Estudios de Historia y Geografía de la Universidad de Chile, celebrada el día 12 de Julio de 1911, se leyó y discutió el informe presentado por el Sr. Dr. don Juan Antonio Riquelme, en virtud de la comisión que le fué encargada por el Sr. Rector don Juan Antonio Riquelme, para que estudiara y presentara un informe sobre el estado de la enseñanza de la Historia y Geografía en Chile, en el mes de Julio de 1911.

El Sr. Dr. don Juan Antonio Riquelme, en su informe, expone que la enseñanza de la Historia y Geografía en Chile, en el mes de Julio de 1911, se encuentra en un estado de atraso, y que es necesario tomar medidas para mejorarla.

En consecuencia, el Sr. Dr. don Juan Antonio Riquelme, propone que se tomen las siguientes medidas:

1.º Que se aumente el número de profesores de Historia y Geografía en las universidades y liceos.

2.º Que se mejore la calidad de la enseñanza de la Historia y Geografía, mediante la actualización de los profesores y la mejora de los métodos de enseñanza.

3.º Que se aumente el número de libros de texto de Historia y Geografía, y que se mejore la calidad de los mismos.

4.º Que se aumente el número de excursiones y viajes de estudio, para que los alumnos puedan conocer de primera mano el territorio que estudian.

El Sr. Dr. don Juan Antonio Riquelme, propone que se tomen las siguientes medidas:

1.º Que se aumente el número de profesores de Historia y Geografía en las universidades y liceos.

2.º Que se mejore la calidad de la enseñanza de la Historia y Geografía, mediante la actualización de los profesores y la mejora de los métodos de enseñanza.

3.º Que se aumente el número de libros de texto de Historia y Geografía, y que se mejore la calidad de los mismos.

4.º Que se aumente el número de excursiones y viajes de estudio, para que los alumnos puedan conocer de primera mano el territorio que estudian.

El Sr. Dr. don Juan Antonio Riquelme, propone que se tomen las siguientes medidas:

1.º Que se aumente el número de profesores de Historia y Geografía en las universidades y liceos.

2.º Que se mejore la calidad de la enseñanza de la Historia y Geografía, mediante la actualización de los profesores y la mejora de los métodos de enseñanza.

3.º Que se aumente el número de libros de texto de Historia y Geografía, y que se mejore la calidad de los mismos.

4.º Que se aumente el número de excursiones y viajes de estudio, para que los alumnos puedan conocer de primera mano el territorio que estudian.

El Sr. Dr. don Juan Antonio Riquelme, propone que se tomen las siguientes medidas:

1.º Que se aumente el número de profesores de Historia y Geografía en las universidades y liceos.

2.º Que se mejore la calidad de la enseñanza de la Historia y Geografía, mediante la actualización de los profesores y la mejora de los métodos de enseñanza.

3.º Que se aumente el número de libros de texto de Historia y Geografía, y que se mejore la calidad de los mismos.

4.º Que se aumente el número de excursiones y viajes de estudio, para que los alumnos puedan conocer de primera mano el territorio que estudian.



MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa
de Jesús.

Número.....	1934	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	1266	Precio de adquisición. »	»
Tabla.....	4	Valoración actual.....	»

19



1934.